

---

## Introducción

Durante el sexenio de Jorge Aristóteles Sandoval Díaz (2012-2018), fue muy destacada la publicidad que ubicaba a Jalisco como “el gigante agroalimentario de México”, y no faltaba razón, pues todavía los datos de producción agropecuaria de 2023 señalaban que en Jalisco tuvo su origen el 22% de los productos pecuarios y el 13% de los agrícolas a nivel nacional, muy por encima de otras entidades como Veracruz, Oaxaca, Chihuahua y Michoacán, estados que le siguen en estos rubros. A pesar de que la industria manufacturera jalisciense se ha fortalecido considerablemente en los últimos años, no se pierde el liderazgo en la producción rural.

Si Jalisco es un estado de tal envergadura en el campo, ¿por qué conocemos tan poco de esta materia en el ámbito académico? Por esta razón es importante destacar la dimensión del estado en temas agrarios, y qué mejor que ir al momento definitorio de la actual situación de tenencia de la tierra: el reparto agrario posrevolucionario. A ello obedece la temática que se ofrece en este número de *Estudios Jaliscienses*.

La edición consta de cinco textos de corte histórico que abordan la temática agraria en diferentes puntos de la geografía estatal: la zona de Los Altos, la región centro y la región de los valles de Jalisco.

Abren el elenco dos artículos que analizan el reparto agrario en la región alteña. El primero, de la pluma de Israel Gómez Alonzo, particulariza en el caso del municipio de Lagos de Moreno, mientras que el segundo abre un poco más el abanico y engloba toda la región, señalando cómo fue que incluso la pequeña propiedad debió fragmentarse; y por qué hubo algún caso atípico en el que no se creó ninguna propiedad ejidal.

Otro par de artículos se concentran en sendos casos del área metropolitana, en concreto en los municipios de San Pedro Tlaquepaque y Zapopan. Aldo Armando Fierros Benítez presenta un panorama general de la villa alfarera y la poco conocida historia de la formación de sus aún existentes comunidades ejidales, mientras que Venur González López aborda un caso concreto zapopano: el de San Juan de Ocotán, pueblo indígena de viejo cuño que debió mudar su estrategia

de restitución de ejidos para poder lograr conjuntar una comunidad ejidal mediante la vía del reparto de tierras.

Finalmente, el quinto apartado de este número se debe a Ramón Goyás Mejía, quien explora la formación de ejidos en dos municipios de la región valles: Amatitán y Tequila. Su análisis lo lleva hasta tiempos coloniales y lo aterriza en la posrevolución, haciendo notar que las tierras en disputa, a diferencia de la mayoría del resto del estado, estaban primordialmente asociadas a la producción de agave para el tequila –llamado entonces vino mezcal– que tanta popularidad tenía.

Los cinco trabajos no se limitan exclusivamente al tradicional conteo de cifras de hectáreas repartidas, sino que abordan los contextos locales, regionales y nacional, tanto político, como económico y social, de modo que son estudios de caso bien redondeados que presentan una interesante reflexión que nos ayudará a comprender cómo el reparto agrario en Jalisco varió dependiendo de los distintos factores regionales que le dieron toques e intereses particulares.

Deseamos que la lectura de estos trabajos abone al mejor conocimiento de la historia de Jalisco, y ayude a explicarnos por qué Jalisco hoy sigue siendo un referente en la producción agropecuaria nacional.

*Francisco Javier Velázquez Fernández*